

MÓNICA M. SALAS LANDA, *Visible Ruins: The Politics of Perception and the Legacies of Mexico's Revolution*, Austin, University of Texas Press, 2024, 272 pp. ISBN 978-147-732-871-2

En la portada del libro *Visible Ruins: The Politics of Perception and the Legacies of Mexico's Revolution* encontramos un primer plano de la pirámide de El Tajín. La imagen en blanco y negro del monumento, reconstruido piedra sobre piedra, sin ninguna huella de vida humana alrededor, es un acertado preludio a este libro que, de forma detallada y desde múltiples ángulos, narra un periodo de la historia del norte de Veracruz. A pesar del título y de la imagen que abre el libro, ésta no es una historia convencional de la arqueología, aunque sí un libro que coloca la arqueología como una de las disciplinas que mejor explica las continuidades históricas en las estrategias de construcción del Estado-nación.

El libro de Salas Landa nos obliga a pensar con las ruinas, expandiendo así la idea de ruina más allá del significado que tiene como evidencia arqueológica. Los fragmentos, los escombros o los desechos se convierten en elementos que permiten entender tanto las lógicas y políticas de visibilización e invisibilización como las prácticas extractivistas (de tierra, de petróleo, de vainilla, de piezas arqueológicas, y de imágenes) que han definido el paisaje y la vida cotidiana de los habitantes de una región de Veracruz desde antes de la revolución mexicana y que perduran hasta el periodo neoliberal.

*Visible Ruins* es un libro experimental, fruto de una sólida investigación en archivos y una rica etnografía; es también una propuesta teóricamente atrevida. La autora monta un rompecabezas con piezas que a primera vista no pareciera que forman parte de un mismo cuadro: pozos petroleros, documentos legales de propiedad de tierra, carteles publicitarios, fotografías etnográficas, documentación arqueológica, o entrevistas con miembros de la comunidad de San Antonio Ojital. Mónica Salas Landa nos invita a leer esta pluralidad de materiales desde un marco conceptual sofisticado: el campo de las políticas de la percepción, las formas de ver y las prácticas de ilustrar o visualizar.

Desde una mirada decolonial, la autora enfatiza que su interés está en las perspectivas que están fuera de los regímenes visuales hegemónicos para colocar en primer plano aquello que a simple vista pareciera invisible. De esta forma, Salas Landa nos recuerda que las preguntas de investigación que (nos) hacemos y las metodologías que utilizamos no pertenecen a una sola disciplina y que una buena etnografía debería ser siempre histórica de igual forma que la historia puede nutrirse de las inquietudes de la etnografía y la antropología.

La elección del norte de Veracruz como estudio de caso no es casual, es una región ligada a la biografía de Mónica Salas Landa, al mismo tiempo es una zona que tuvo un papel estratégico para la consolidación del Estado posrevolucionario. El libro revisa los aspectos regionales que permitieron al Estado visibilizar los grandes hitos nacionales de la Revolución: el ejido, el petróleo, los restos arqueológicos y las comunidades indígenas. Ciertamente, ésta es una región donde la reforma agraria, la presencia de Pemex, las intervenciones arqueológicas del INAH, las políticas indigenistas y la mirada de antropólogos nacionales e internacionales se hicieron muy patentes y nutrieron de materialidad el orden visual del Estado mexicano desde la década de 1930.

El análisis de Mónica Salas Landa no se centra en las ya conocidas políticas de los gobiernos posrevolucionarios, sino en entender los *governing modes of visibilities*. De este modo, al examinar las dimensiones estéticas del Estado mexicano, el libro nos recuerda lo contingente de aquello que se hizo visible. Su interés está en explorar no sólo las condiciones que han permitido esta visibilidad, sino en subrayar aquello que quedó invisible (de la reforma agraria, de la riqueza del petróleo, de la reconstrucción monumental de pirámides como El Tajín, o de las comunidades totonacas que no aparecen en la imagen de la portada ni en las fotografías etnográficas), es decir, siguiendo una mirada decolonial la autora nos recuerda que hemos de prestar atención y tejer historias a partir de aquello que no aparece en primer plano o que incluso ha quedado fuera de foco, opacado y que permanece fuera de los regímenes visuales hegemónicos.

Haciendo uso de un vocabulario benjaminiano, muy vinculado a los estudios críticos de la cultura material, y una metodología casi arqueológica, en la introducción del libro, la autora nos hace cómplices del método para ensamblar los fragmentos dispersos mediante los cuales

podremos adentrarnos en la historia y el presente de esta región veracruzana entre los ríos Cazones, Nautla y Tecolutla. Los documentos son el material que estructura el primer capítulo en el que ahonda en los conflictos y las negociaciones entre ejidatarios, propietarios ganaderos y burócratas que surgen alrededor de uno de los pilares en los que se sustentó el estado posrevolucionario: la reforma agraria. Pero más allá del análisis del documento, lo que Salas Landa nos ofrece es una invitación a mirar el paisaje de esta región donde la presencia de explotaciones ganaderas pareciera que ha invisibilizado el ejido y por tanto el éxito de la reforma agraria.

En el segundo capítulo las infraestructuras petroleras son el material que permiten visibilizar las enormes contradicciones y violencias que se esconden tras la estética del “milagro mexicano”. Las imágenes de pozos petroleros y tanques esféricos nos recuerdan la ubicuidad del Estado mexicano a través de Pemex y permiten a la autora analizar las continuidades en el discurso nacionalista de progreso económico de la década de 1930 y las campañas turísticas de la de 1950. Esta región de Veracruz aparece como un paisaje industrial marcado estéticamente por la materialidad del extractivismo petrolero que quiso invisibilizar la corrupción, toxicidad, pérdida de libertad y detrimento de salud de los habitantes de la región de Poza Rica. A sólo 20 kilómetros de este municipio se encuentra la emblemática pirámide de El Tajín, que será el núcleo del tercer capítulo, en el cual se profundiza en el proceso de reconstrucción de este sitio arqueológico y los efectos que su monumentalidad ha tenido para las comunidades indígenas de alrededor. Así, si en el capítulo anterior el extractivismo ecológico y económico (del petróleo, pero también de la vainilla) se erige como protagonista de la historia de esta región veracruzana, en esta sección el INAH y su despliegue de prácticas arqueológicas se transforman en los personajes de una historia en la que se ha invisibilizado y silenciado a las comunidades indígenas que habitan a poca distancia de la pirámide y que no sólo trabajaron en su reconstrucción, sino que mantenían una relación propia con el sitio arqueológico.

Donde sí aparecen las comunidades totonacas es en el último capítulo, centradas en las fotografías tomadas por la antropóloga Isabel Kelly a finales de la década de 1940. Unas fotografías próximas a la antropología estadounidense de la Guerra Fría muy implicada en

proyectos desarrollistas y modernizadores en México. Con su cámara, Kelly quiso captar la cotidianidad de las poblaciones indígenas rurales: mujeres haciendo cerámica, tejiendo o haciendo cestería, escenas de bodas y funerales, y retratos de primer plano. Esta colección de fotografías permitió, además, la consolidación y circulación de la noción de alteridad indígena muy acorde a las políticas indigenistas del momento y a las corrientes antropológicas internacionales.

*Visible Ruins* es un libro altamente visual y entretenido, que cuenta una historia compleja y completa de una pequeña región de México. Mónica Salas Landa teje una narrativa que nos aproxima a las personas trabajadoras, en su mayoría hombres, que a menudo quedan olvidadas en las historias nacionales: los que trabajaron ayudando a la reconstrucción de la pirámide de El Tajín, los ejidatarios y ganaderos, los trabajadores de Pemex y las viudas de los que murieron trabajando, los recolectores de vainilla, los vendedores ambulantes de la zona arqueológica, los burócratas y custodios del INAH, o los habitantes de San Antonio Ojital que intentan ganarse la vida en un incipiente sector turístico comunitario. Este libro es también una historia que permite explorar desde múltiples ángulos lo que queda invisible en cada ejercicio hegemónico de visibilizar: cuando se utiliza la infraestructura petrolera como marca de modernidad, cuando se reconstruye la pirámide de El Tajín, cuando se consolida la figura de El Volador como el elemento de autenticidad indígena, o cuando Isabel Kelly enfoca su cámara para hacer una stampa familiar. Sin duda, todos estos procesos han estado acompañados de violencia y conflicto, y Mónica Salas Landa nos permite ver que existe conciencia del expolio y claros ejemplos de disenso local ante un orden visual que ignora la vida de los habitantes, y, aun así, el orden visual que se analiza en este libro sigue siendo uno de los legados de la revolución mexicana.

Apen Ruiz Martínez

*Universitat Internacional de Catalunya*